



## ADVERTENCIA

Hace tiempo impartí un curso de Literatura de los Siglos de Oro en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México. Fueron aproximadamente veinte años de lecturas ya que el curso-monográfico-requería, al menos, la dignidad de un cambio constante del material artístico y una mínima de su conocimiento. Entre esas lecturas cayó, en mis manos, el caleidoscopio del Quijote. ang abadian

Desde entonces avaricié al proyecto de escribir algo -un prólogo tal vez- sin saber que es imposible porque si los autores al alimón de la Primera parte tal vez se hallen en la tarea de terminarlo, ¿qué nos queda a nosotros? ¿Qué si por más que lo leamos el mentís a la escritura -que se extiende a la novela- se da constantemente intercalado con la escritura misma? ¿Por qué no, entonces, escribir otra cosa?

Interminable, inagotable con sus malabarismos, el autor -o autores-se sonríe de que al incauto las páginas se le escurran ladinamente por las manos pues ¿qué nos queda? El lúdico sabor de la complacencia. Nada más, nada menos ya que el libro, celoso de su haber, escapa cuando se le quieren ver las entretelas.

Así y todo recuerdo nítidamente aquellos días en que tan elemental fui como para cavilar tamaña empresa. Temerario y dispuesto al dislate, el tiempo me parecía corto para el inicio de la hazaña, paradójicamente alargada por un explícito temor. Sin embargo, al ser toda empresa producto de la avilantez del ánimo, la mía, como digo, se pospuso hasta un límite: empezar a escribir o

borrar para siempre el "prólogo" del horizonte de mis desproporciones. Pero como las acaricio, redacté los borroneos que ahora presento con la idea no de un prólogo sino de lo que saliere, como Orbaneja, el pintor de Ubeda que, obligado a explicar lo que eran sus marañas escribió un letrado que rezó "Esto es gallo", ya que así (dice Cervantes en El Quijote) no había manera de confusión alguna, aun cuando si alguien le preguntaba qué pintaba, respondía: "lo que saliere".

Yo, en mi caso, he llevado con fidelidad la observancia escribiendo lo que saliere. Porque no sé si ya alguien ha dicho que El Quijote trastorna el juicio del atrevido que lo lea si no una, si varias veces: trata que Cervantes reservó a la posteridad para que su héroe no quedara tan solo, tan absolutamente desamparado.

No es prólogo, ni gallo, aunque sí puedo anticipar que harto convencionalmente dividí la obra en el cuerpo y el esqueleto intentando (a fuerza de destrozar la belleza del conjunto) quedarme con el último ya que el cuerpo es lo que se goza sin necesidad de interiorizaciones a lo mejor inútiles. Sea como sea lo que escribo abriga mi alelamiento y la inquietud de pensar si Cervantes merece ser tratado de tú a tú, como si uno desde siempre lo conociera; o como si hubiera estado dispuesto a entregarse-él, el agazapado siempre entre sonrisas, sombras y miserias!- a un desconocido como yo para quien, por otro lado, escribió con el propósito de que su novela-entre carcajada y carcajada-me doliera hasta el hueso. Por eso no soy un cervantista sino, simplemente, un observador atento a una lectura que de tanto manosear ha acabado por vengarse de mi, desgastándose por completo.

Por otro lado todo el que estudia saca, como una de tantas consecuencias, el conocimiento de varios tipos de crítica: la que hace un ensayista como Huizinga, valga el caso; o la que realiza uno como Américo Castro, cuyo Quijote se hilvana a la España viva de la época.

Entre ambos existe un abismo en el que caben todos los especialistas de Cervantes, tareas magnas aunque sólo aporten un grano de arena en el entendimiento del Quijote. Fuera de tales lineamientos podemos contar con otros, más a flor de piel por tratarse de narradores o poetas que observan y hablan del espléndido libro, como Thomas Mann, o Nabokov, cada quien en su afán de entender lo que, en realidad, no es explicable: el genio. Pero existen también otras vertientes entre las que notamos, al menos, dos: una la que recibe la herencia y, lleno de regocijo, así lo manifiesta, como Stern, quien supo que Inglaterra le robó a Cervantes el sentido de humor, hurto nada pequeño, parecido al que Italia le hizo a Góngora; o a Alarcón, Francia, cuya inteligencia lúdica se singularizó en Molière.

Por otra parte existe el caso de quien escribe -¡vaya riesgo!- una novela de caballerías apoyándose, claro, ya en Ariosto, ya en Cervantes mismo pues El caballero inexistente es una novela corta (la mejor, no la única) alegórica y ejemplar, más bellamente melancólica que expresamente humorística, pinceladas, ambas, producto de su espléndido estilo. El de Italo Calvino es un aplauso a su pasado, llámese la Edad Media, el Orlando o el Quijote.

Por último resta una vertiente, la más preciosa, la más preciada: me refiero a la crítica que el propio Cervantes hace del Quijote; pero si he de precisar mejor los cabos se trata no de crítica, sino de una permanente mirada que va, desde la "justificación" de errores, hasta el aplauso de sí mismo, intermitentemente, agregando o tachando lo que, de todos modos, está escrito. Pero como éste es parte del juego al que remito al quedarme con el esqueleto, no hago sino mínimamente anticipar mi diseño, o sea lo que saliere.

## 20 ESBOZO PARA UNA ESTRUCTURA DEL QUIJOTE

Por eso mismo no puedo saber en qué sitio debo colocarme y tanto menos valorar lo hecho. Es la lectura que un latinoamericano no hace de la obra, lo cual equivale a no decir nada como no sea una verdad de Pero Grullo pues ¿por qué acudir a tales parámetros si el servicio prestado por la geografía es absolutamente relativo? Porque acaso a la novela la observamos de distinta manera a la que la ve un español, para no codearme con otras latitudes. Dicho de otro modo ¿qué le pasa a don Quijote entre nosotros? ¿Cómo lo aquilatamos? ¿Qué mella nos hace en la mollera? ¿En qué forma nos cambia la existencia?

Sea como sea Cervantes es nuestro por derecho propio, como no lo son los conventos franciscanos del Sureste de México, o Acolman, o la propia Catedral metropolitana, con sus dioses aztecas tirándole, de noche, las vetustas faldas para que no se olvide -imprudente- que ella es la huésped no invitada y ellos los anfitriones por siempre desterrados.

Este texto que sigue lo que saliere- tiene la fortuna (alguna habría que haber!) de que me ha puesto en contacto, por primera y por última vez, con un genio, que es como tocar, al propio tiempo, el cielo y el infierno sin purgatorios atenuantes. Por eso mi escrito es balbuciente y yo, un recién nacido con su cauda de desamparos. Es obvio que la cercanía con Cervantes resulta escalofriante y en nada se compara con otras experiencias que también lo son: el amor, un anhelado viaje, el robo de una obra de arte, el suicidio o el asesinato. Nada tiene que ver con otras -repito- que al vivirse se desbaratan como se deshebran los sueños cuando nos despertamos. Pero lo cierto es que al final Cervantes nos desajusta por inabarcable, de lo cual torpemente se deduce que el genio es una medida incómoda e insolente. Dicho de otro modo el genio no es, de ningún modo, una medida: es, llanamente, lo inconmensurable.

Pasado el tiempo, como es natural, he ganado en edad, que

## 21 ESBOZO PARA UNA ESTRUCTURA DEL QUIJOTE

es perder vida. Ya no tengo los años en que deseaba escribir el prólogo al Quijote, los tengo en cambio para saber que no lo he escrito y que jamás lo haré. Sé que lo que saliere es producto de hurtos continuados, los que mis lecturas hicieron de la obra, más aberrante mientras más se contempla activamente; mientras más se analiza; mientras más se goza y se padece por igual. Antes de terminar esta advertencia debo decir que, como todos, a Cervantes le debo el no morir sin saber lo que es el humor, negro, blanco o del color que sea. También reconocer que sólo con él el hombre es capaz de subsistir aunque tenga, como San Sebastián, el cuerpo macerado por flechas que no son, únicamente, las causadas por el hijo de Venus, dolorosas también aunque ignoro si sean más llevaderas. En todo caso Don Quijote hilvana sonrisas y asperezas fuera de toda temporalidad pues su prosa labrada está entre huecos, ausencias y una melancolía que acaso le llega de lo alto.

Una íntima tajada lunar-semejante a la astilla de un espejo- separa al libro del escritor es lo que llamamos la posteridad. Sin embargo el cuerpo vivo de un ex soldado -el previo a un puñado de polvo- es el antecedente de una última mueca, la más perseverante de todas: la de la muerte cuando se lleva de este mundo a quien, por ser quien fue, no merece estar dentro de él.

SERGIO FERNANDEZ  
"Los empeños",  
San Angel, Valle de Bravo,  
Octubre de 1990.